## Fariseos y saduceos

Dentro de esta república de sacerdotes y ancianos, la vida era ardiente y las divisiones hondas. Los partidos siempre han sido muy animados en el mundo judío. Había disminuido mucho la gran distinción entre helenistas y nacionales. Casi no había ya helenistas en Palestina, por haber sido exterminados o expulsados. Habían triunfado los hasidim, pero entre éstos existían varios matices.

Unos permitían las nuevas creencias sobre resurrección y recompen-

sas futuras; otros se atenían estrictamente a la vieja doctrina judía y negaban la resurrección y los ángeles. Unos complicaban la ley con muchas explicaciones tradicionales. Otros querían conservar la *Thora* con su añeja sencillez. A los unos se los podía llamar entonces demócratas; los demás eran aristócratas altivos y desdeñosos. El motivo de las diferencias estaba en las clases y en la riqueza, más que en los artículos de la fe. La riqueza no tenía entonces más origen que el sacerdocio, y en casos raros, la asociación con los nabateos ladrones.

Con rapidez el cohen rico, de familia sacerdotal (sadoki) se convirtió en aristócrata conservador. Tendía a mantener un orden de cosas que le convenía y no quería oír hablar de resurrección, de ángeles, de Mesías, ni de nuevas interpretaciones de la ley. Disfrazaban a veces una especie de incredulidad bajo esta sencillez de creencias. El horror a la superstición que siempre ha caracterizado al judío, la repugnancia hacia las majaderías populares, vistas muy de cerca por el sacerdote, producían el extremo fenómeno de un sacerdote materialista, perfecto en su aspecto exterior pero que veía en secreto la vanidad del culto cuyo ministro era y que le daba tan buenas ganancias. Tal era el tipo eterno que el judaísmo asmóneo llamaba con gran acierto saduceo.

Reproducían en cierto sentido los saduceos a los antiguos helenistas del tiempo de Antíoco. Eran hombres ilustrados, medianamente patrio-

tas, nada fanáticos y enemigos de éstos.

El auge del helenismo en tiempo de Antíoco Epifanio fue obra del alto clero de Jerusalén. Muchos sacerdotes consintieron en ofrecer sacrificios a Júpiter Olímpico. Más hábiles que los helenistas, los saduceos no quisieron que se tocase el culto establecido. No suele recibir el sacerdote apóstata el premio de su apostasía. Los saduceos eran hombres de civilización, refinados, gente de la high life, poco simpáticos a los pietistas atrasados, y como las modas griegas se extendían por el mundo, los saduceos parecían helenistas, pero en el fondo eran judíos de la antigua escuela muy ocupados de lo presente, poco del más allá y de lo porvenir, y negadores de la resurrección y los ángeles.

El saduceo no formaba parte del progreso religioso, pues negaba los dogmas en formación. Su situación era igual a la de los católicos viejos, respecto al ultramontanismo siempre exagerador de los dogmas del pasado. El saduceísmo representaba la oposición a los nuevos dogmas que habían introducido los tiempos macabeos, y sobre todo al libro de Daniel. Eran hombres mundanos y poco religiosos. Su sabiduría era muy

profana.

Verdaderamente, el saduceo se parecía mucho al israelita rico y mundano de nuestros días que frecuenta poco la sinagoga y vive en la capital, casi siempre con los no judíos. En la antigüedad se conocía al israelita piadoso, al hasid, en su separatismo. La observación rigurosa de la ley le obligaba a una vida separada totalmente de los infieles.

El fariseo era el devoto judío. Lo eran casi todos excepto los tibios (poco numerosos) y los hombres ilustrados. Fueron los que se opusieron encarnizadamente al helenismo e impidieron la dominación siria. En el fondo el fariseo es el hasid del tiempo de los Macabeos, pero, después de la victoria, los hasidim tomaron el aspecto de una burguesía no muy rica,

pero llena de orden, regular en sus costumbres, obediente a los preceptos religiosos con el mayor escrúpulo, gobernando su vida práctica con la cordura de Jesús, hijo de Sirach.

Al querer observar todos la ley, los fariseos observaban más que la ley. Pretendían que las prescripciones divinas habían de entenderlas según las tradiciones antiguas, de lo cual resultaban grandes adiciones a las obligaciones recibidas. El Talmud estaba en germen en estas innumerables reglas que originaban inacabables discusiones. Los saduceos negaban que hubiera nada obligatorio fuera de los libros de Moisés

Los dogmas que penetraban en el judaísmo los aceptaban los fariseos sin fijarse en que carecían de fundamento en los libros antiguos. Admitían la resurrección, la pena y recompensas futuras, el papel exuberante de los ángeles, la intervención perfecta de Dios en las cosas humanas. Eran el judaísmo vivo y en desarrollo. El devoto considera el número de absurdos que se traza como un sacrificio agradable a Dios. Tal abdicación de la razón agradaba a las mujeres, que eran muy adictas a los rigoristas y los creían verdaderos representantes de la religión. Pronto les asegurará el gobierno de Israel el influjo de una mujer.

No tenían comparación en importancia los dos partidos. Gracias a su exactitud religiosa, cosa muy apreciada en Oriente, y a su patriotismo, disfrutaban los fariseos de gran autoridad. Una crítica que viniera de ellos, aunque se dirigiera a los personajes más elevados, era adoptada en seguida por el pueblo. En el fondo eran republicanos hoscos con el poder, orgullosos de su puritanismo religioso, y al mismo tiempo clementes, humanos, sin las durezas de la época, que los saduceos aplicaban con el mayor vigor. La gente rica y constituida en dignidad pertenecía al partido saduceo: la masa del pueblo era fariseo. En la práctica, la diferencia era muy poca, pues los saduceos, cuando ejercían alguna función, al fin y al cabo tenían que obrar como fariseos, para que los tolerase el pueblo.

Cuando reinaba Juan Hircano, las denominaciones de fariseos y saduceos se opusieron como los de dos bandos rivales, y el secreto de la historia judía residirá en adelante en el equilibrio entre ambos partidos. Los príncipes asmóneos eran de origen fariseo. Procedían del pueblo, y el principio de su elevación había sido su devoción, su patriotismo ardiente. Pero las dinastías nacidas de ese modo no tardan en volver la espalda a su origen. Hemos visto que el lujo de Simón asombraba a los sirios, y que Juan Hircano fue a continuación el compañero

de viaje de Antíoco Sideta.

Un hecho decidió el cambio de actitud que se imponía a Juan Hircano, y lo lanzó, desde el partido fariseo, que era en cierto modo su medio natural, al grupo saduceo. El lujo y el empaque de Juan Hircano hacían murmurar a los republicanos viejos; los fariseos dejaban de quererle. Había sido uno de sus más fieles devotos; uno de sus discípulos más dóciles, pero el destino del discípulo hizo que se volvieran contra él sus maestros. Creían muchos que se debía separar lo espiritual de lo temporal: se aceptaba a Juan Hircano como jefe militar, pero no se le encontraba bastante noble para el pontificado, y hasta se decía que debía dimitirlo por ser dignidad demasiado alta para él, y no guardar más

que el principio laico.

Bastantes doctores ultralegitimistas pensaban que los asmóneos no podían ser sumos sacerdotes, por no proceder de la familia sadokita. En un gran banquete que dio Hircano a los fariseos, un individuo muy grosero llamado Eleazar se lo dijo en su cara de la manera más insolente, y basó su opinión en la circunstancia de que su madre había sido una prisionera de guerra, alegación falsa o a lo menos inoportuna. Los fariseos se indignaron de la impertinencia de Eleazar, pero cuando se les preguntó que castigo debía aplicársele, no se pudo lograr de ellos que lo sentenciaran a muerte, lo que ofendió mucho a Juan Hircano. Los saduceos, para sembrar más cizaña, dijeron que todos los fariseos pensaban lo que había dicho Eleazar. Esta circunstancia y otras muchas llevaron a Juan Hircano al partido saduceo. Siguiendo los consejos de éste, reaccionó contra la disciplina nueva que los fariseos querían imponer como resultante de la fe. Fue severo contra algunos observadores de tales innovaciones, y esto desagradó mucho al pueblo, que consideraba a los fariseos como jefes y modelos suyos. Hubo sediciones y fue necesario reprimirlas, indudablemente con tropas mercenarias. Juan Hircano murió impopular: sus hijos, que le imitaron en su adhesión al saduceísmo, participaron de la misma impopularidad. El principado fundado por el heroísmo del pueblo se iba haciendo aristocrático.

Se debe observar también que el fariseísmo era demasiado estrecho para permitir una acción seria del poder, y que la fatalidad impulsaba a los descendientes de una familia sacerdotal a convertirse en soberanos laicos y mundanos. Era imposible hacer la menor política seguida con aquellos pobres hasidim, que no veían el mundo más que a través de sus

prejuicios y sus odios.

Según la masa, la virtud iba siendo cada vez más sinónimo de «separación». José-ben-Joeser y José-ben-Johanan de Jerusalén prohibían servirse del vidrio, porque se hace con tierra pagana. Los saduceos libraban al pueblo de muchas obligaciones penosas, pero el pueblo no quería que lo aliviasen. En religión, hay que ser duro. Tantos más adictos consigue una regla, cuanto más severa sea. Se ganan más almas fuertes con la rudeza y la austeridad que con la tolerancia y la amplitud.